

NA 1059560
NEA 1040166

II CONGRESO DE LA ASOCIACION DE HISTORIA ECONOMICA



VOL. II



DONOSTIA-SAN SEBASTIAN
29-30 Septiembre y 1 de Octubre de 1993

ASOCIACION DE HISTORIA ECONOMICA

Escuela Universitario de E. Empresariales	
nº registro	16.765
nº entrada	18.986
clase	338.1(46c)
lugar	338J(46c) ASO II
Fecha	2.V.2002
Nota	Biblioteca

Las artes que se deben permitir en América son, en primer lugar, aquellas que no tiene España, ni es regular que las tenga en adelante. Segundo, aquellas cuya materia se halla en América, de buena calidad y barata, y que no tenemos en España; y en tercer lugar aquellas artes y manufacturas, de cuyos manjares habrá tanto consumo, que España nunca le podrá surtir.³

En ese mismo año de 1762 escribe Campomanes sus *Reflexiones sobre el comercio español a Indias*, que tardaría más de dos siglos en ver la luz. También él quiere favorecer el desarrollo industrial de las colonias, pero con claras restricciones:

Todos los frutos o manufacturas que son propios de la metrópoli jamás se deben permitir en las colonias.⁴

En este período precísimo, donde se desmontan lentamente algunas nociones mercantilistas, un aspecto crucial de la cuestión colonial va emergiendo con claridad: la compatibilidad de la prosperidad mutua entre metrópoli y colonia. La idea de los ilustrados va a ser fomentar la economía colonial, y dentro de la economía, la industria, aunque esta idea va a ser contrapesada por el proteccionismo a la industria española.

³ Ward, Bernardo, *Proyecto económico, en que se proponen varias providencias, dirigidas a promover los intereses de España, con los medios y fondos necesarios para su plantificación*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1779, pág. 255.

⁴ Campomanes, Pedro Rodríguez, *Reflexiones sobre el comercio español a Indias*, Vicente Liombert (ed.), Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1988, pág. 354.

Con todo lo injustas que son esas prohibiciones, hasta ahora no han resultado muy dañinas para las colonias. Allí la tierra es tan barata y por consiguiente el trabajo tan caro, que pueden importar de la madre patria casi todas las manufacturas más refinadas y modernas a un precio menor que el que debería pagar si las fabricaran ellas.⁵

La doctrina de que la prosperidad de las colonias y la metrópoli no son incompatibles va a ser la doctrina de Adam Smith y quienes como él apoyaron un nuevo colonialismo, desprovisto de las reglamentaciones y prohibiciones mercantilistas, pero colonialismo al fin. Así, los ilustrados españoles sostendrán que la península y ultramar podrían crecer juntos, aunque éste se someta a aquélla.

No sorprenderá que todos estos elementos, desde la necesidad de desarrollar la industria hasta los problemas de la dotación de factores y la idea de la prosperidad mutua se encuentren en el pensamiento económico de los ilustrados más allá del Atlántico, como J.H. Viegtes.

⁵ Smith, Adam, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* [1776], Oxford University Press, 1976, Vol. 2, pág. 582, IV.vii.b.44 [hay trad. cast. Dikos-Tau]. Smith reconoce que estas restricciones, impuestas por «el recelo infundado de los mercaderes y manufactureros metropolitanos», pueden llegar a ser insostenibles en un estadio más avanzado de la economía colonial.

Esta contradicción del mercantilismo tardío no era sino una réplica de otra contradicción más antigua, cuando los gobiernos de Castilla excluyeron a todos los extranjeros y a muchos españoles de la exportación a América pero el mismo tiempo limitaron esa exportación, para evitar la reducción de la oferta local y el aumento de los precios. Al hacer eso, por cierto, estimularon la industria en las colonias y sobre todo estimularon el comercio interior. Ante mercancías escasas y caras, y la falta de una buena industria local, la alternativa era el contrabando, que fue una verdadera institución en América, porque las mercancías extranjeras eran considerablemente más baratas que las españolas y de mejor calidad que las producidas localmente.

Una restricción ampliamente reconocida para el desarrollo industrial en las colonias tenía poco que ver con reglamentaciones: era la dotación de factores; en particular la abundancia de tierra y la escasez de capital y mano de obra. Por eso Adam Smith creyó que las prohibiciones al desarrollo industrial en las colonias eran en realidad inútiles:

Viegtes: vida y obra

Juan Hipólito Viegtes, comerciante, industrial y patriota argentino, nació en San Antonio de Areco el 12 de agosto de 1762, de familia gallega. Estudió en el Real Colegio de San Carlos, junto a quienes serían grandes figuras de la independencia argentina: Cornelio Saavedra, Juan José Castelli, Mariano Moreno, Manuel Belgrano y Bernardino Rivadavia.

En el Colegio no se enseñaba derecho, ni economía ni ciencias prácticas, algo que Viegtes lamentará amargamente más tarde. Completó su educación de forma autodidacta. Al revés que Belgrano, no viajó al extranjero, pero leyó a Jovellanos, Uztáriz, Zavaleta, Campillo, Foronda, Ward, Galtieri, Mirabeau, Smith y Hume. Tenía una biblioteca de 300 volúmenes, una cifra muy considerable, y cita textos ingleses y franceses en su idioma original.

Fue fundador y director del segundo periódico del Río de la Plata: *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, que apareció el 1 de septiembre de 1802 y cerró tres 218 números el 11 de febrero de 1807.

⁶ El primero había sido el *Telégrafo Mercantil*, de 1801-1802.

Las invasiones inglesas de 1806 y 1807, contra las que lucha y recibe por ello el grado de teniente coronel en el regimiento de Patriotas, ven a arrear a Vieytes al torbellino de la política... y también a la industria: este comerciante que había sido secretario del Consulado montó después de las invasiones una fábrica de jabón en Buenos Aires.

Una típica publicación ilustrada, dedicada esencialmente a difundir conocimientos prácticos, el *Semanario* provoca conflictos como cuando critica el régimen comercial del trigo que prohibía su exportación en 1803 y que suscitó una agria reacción del Cebildo. Es el virrey del Pino el que apoya la aparición del *Semanario* y el que defiende a Vieytes frente al Cebildo porteño. Cuando Manuel Belgrano protagonice el capítulo periodístico inmediatamente posterior, con el *Correo de Comercio*, en el que colaborará Vieytes, contará también con el apoyo del nuevo (y último) virrey, Cisneros.

Esta colaboración entre ilustrados, independentistas y gobernantes, plantea un problema que la historiografía nacionalista no ha podido resolver. Félix Weinberg, historiador argentino compilador de los escritos económicos de Vieytes, los titula *Antecedentes*

⁷ Vieytes, J.H., *Antecedentes Económicos de la Revolución de Mayo. Escritos publicados en el Semanario de Agricultura, Industria y Comercio (1802-1806)*, Félix Weinberg (ed.), Buenos Aires, Reigel, 1956.

de comercio.⁸

Es interesante anotar que cuando las mayores dosis de libertad aumentan el comercio en el siglo XVIII muchos cabildos americanos protestaron enérgicamente: eran más protectionistas que las autoridades peninsulares. Esto puede iluminar la paradoja ya mencionada de la autoridad española, el virrey, defendiendo el patriota local, Vieytes.

Weinberg, que ingenuamente cree que el Cabildo controlaba los precios «velando por la población», insiste en que Vieytes se convierte junto con Belgrano «en el economista que entaza ideológicamente la ilustración española con el amanecer de la conciencia revolucionaria criolla». ⁹ Pero esto no está tan claro. Vieytes aprueba sin titubeos las medidas reformadoras de los ilustrados peninsulares. Sus elogios al rey y al gobierno metropolitano son abundantes, como la admisión del

⁸ Aunque Weinberg pretende hacer pasar a Vieytes como un socialista o reformador agrario, ese regelo de tierra correspondía a lo que estaba más allá de las fronteras controladas y seguras, en zonas o bien deshabitadas o pobladas por aborígenes. Lo que Vieytes sugiere es ampliar las fronteras (por eso se entusiasma hasta la exageración con las posibilidades del transporte terrestre hacia Chile), para que la propiedad, «esta deidad a quien los hombres sacrifican gustosos sus sudores [cuando] no la temen presa de una ambición desenfrenada», anime la actividad de muchos hombres que no desean ser esclavizados; Vieytes, *op.cit.*, pág. 269.

⁹ Weinberg, «Estudio Preliminar», en Vieytes, *op.cit.*, pág. 127.

Económicos de la Revolución de Mayo.⁷ No hay duda de que Vieytes era un patriota partidario de la independencia: en su casa se reunieron los revolucionarios de Mayo de 1810. De lo que sí puede dudarse, en cambio, es que las ideas económicas de Vieytes tuvieran mucho que ver con la necesidad de la emancipación, como se verá. En realidad, los escritos de Vieytes en su *Semanario* no tienen de antecedentes revolucionarios más que la cronología: aparecieron antes de la revolución.

Esto no quiere decir que Vieytes fuese económicamente un conservador. Al contrario, proponía cambios para resolver el atraso económico de las colonias, mejoras técnicas y de educación, entrega de tierra gratis a los colonos pero con prohibición de reventa, para evitar la concentración, estímulo a la industria local y por supuesto libertad

status colonial y lo que es más importante —porque lo exterior podía ser una penitencia— ni una sola idea que supusiese que el crecimiento económico de la metrópoli era incompatible con el de la colonia.¹⁰

En cuanto economista Vieytes se parece mucho a Félix de Azara o a Pedro Antonio Cerviño¹¹ o a tantos otros españoles ilustrados que proponían reformar el imperio para bien de todos. Vieytes pudo firmar la *Representación al Rey de los Labradores de Buenos Aires*, de noviembre de 1793, debida quizás a Azara, con recomendaciones liberales y fisiocráticas. Fue el propio virrey Cisneros el que accede al libre comercio de Buenos Aires con Inglaterra en noviembre de 1809. Allí había una coincidencia marcada entre gobernantes y gobernados. Más importante debió haber sido algo que comenta el propio Weinberg: con las mercancías inglesas llegarán también las noticias de una lejana metrópoli sumida en el desastre. Es verosímil que eso haya movido las

¹⁰ Un buen ejemplo en Vieytes, *op.cit.*, pág. 185.

¹¹ Por cierto, obras de ambos aparecieron en el *Semanario*. El gallego Pedro Antonio Cerviño (1757-1816), que escribió muchos artículos con seudónimo y participó activamente en la redacción del *Semanario*, fue un notable ingeniero militar que, según el historiador argentino Manuel Fernández López, anticipó el análisis de von Thünen en 1801, en su *Nuevo aspecto del comercio del Río de la Plata*, donde incluso propone un diagrama del uso de la tierra con forma de círculos concéntricos. Cf. Fernández López, Manuel, «La pampa y el análisis espacial: algunos predecesores de von Thünen», *Económica*, La Plata, Argentina, septiembre-diciembre 1960.

asos de la política y la revolución con más energía que cualquier idea económica.

La revolución resultó letal para Vieytes: ocupó diversos cargos en ese país en turbulenta formación después del 25 de mayo de 1810, pero de la impresión de haberse situado siempre en el bando de los perdedores: así como entraba en un cargo, salía. Finalmente, su último error fue su respaldo a Carlos María de Alvear, nombrado Director Supremo en enero de 1815 pero que cayó en abril de ese mismo año. Vieytes fue perseguido y condenado a destierro, pero la pena se dejó pendiente por su mal estado de salud, que lo llevaría a la muerte en San Fernando, localidad cercana a Buenos Aires, el 5 de octubre de 1815, varios meses antes que se decretara, el 9 de julio de 1816, el nacimiento oficial de la Argentina como país separado de España.¹²

Las ideas económicas de Vieytes: la industria

Como se ha dicho, el *Semenario* no tenía pretensiones teóricas sino prácticas. Deba cumplida cuenta de los movimientos portuarios de entrada y salida en Buenos Aires y Montevideo, siempre de interés para

¹² Weinberg, *op.cit.*; Ramón Ezquerro, «Vieytes, Hipólito», *Diccionario de Historia de España*, Madrid, Alianza, 1979.

¹⁴ Vieytes, *op.cit.*, págs. 145, 157.

¹³ Parsons, Wayne, *The power of the financial press*, Edward Elgar, 1990.

los comerciantes y un tipo de información que está en el origen de buena parte de la prensa económica en el mundo.¹³ y artículos con proyectos y datos sobre bosques, ceses, corrales, técnicas de sembrado, rotación de cultivos, abonos, tipos de tierra, arados, nuevos cultivos, fabricación de mantequilla, materias primas para la curtiembre, las «hornillas» de Rumford, la combustión, los ácidos y los álidos, las obras públicas, la meteorología, el arte de jespear papel, la congelación («Del hielo y sus admirables fenómenos»), la educación, los remedios contra las picaduras de víboras y contra la gata, los recetes para quitar manchas y hasta el arte de nadar.

Como solía ocurrir con las publicaciones ilustradas, mezclado entre tanta variedad de cuestiones prácticas late el pensamiento económico. No sorprenderá que Vieytes rechace el valor de los metales preciosos y los compare desfavorablemente con la agricultura.¹⁴ Era la doctrina que se imponía entonces. Ya en 1796 su paisano, y también secretario del Consulado, Manuel Belgrano, en la *Memoria* de dicho organismo había propuesto fomentar la agricultura, la industria y el comercio, pero «la agricultura es el verdadero sentido del hombre y

toda riqueza que no tiene su origen en el suelo es incierta». Después, en

1805, el peruano Miguel de Lastarria escribirá: «no es en las cavernas

sino en la superficie donde se ha de procurar la utilidad» y denunciará

«la funesta manía del trabajo en las minas y no en la verdadera

conveniencia de la agricultura y comercio».¹⁵ Para Vieytes la

agricultura es «el nervio del Estado», pero no la

desfalleciente y lánguida con que el presente hace poco más que entretenerse una pequeña parte de los individuos que componen nuestra escasa población.¹⁶

Según Vieytes, las posibilidades de progreso económico se abrirán cuando las reformas institucionales se apoyen tanto en los recursos existentes como en el deseo de cada hombre de mejorar su condición. La educación, «único manantial inagotable» de riqueza, desempeña un papel fundamental. Así como son ventajosas las exportaciones, también lo son las importaciones porque excitan en la población la ambición de prosperar: «el cebo de la utilidad, del que seguramente no habrá hombre

¹⁵ Rodríguez Braun, Carlos, «Ilustración y utilitarismo en Iberoamérica», *Telos. Revista Iberoamericana de Estudios Utilitaristas*, Vol. I, No. 3, octubre 1992, págs. 103, 104. Una buena selección de lecturas sobre los economistas americanos en Chiaromonte, José Carlos (ed.), *Pensamiento de la Ilustración. Economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

¹⁶ Vieytes, *op.cit.*, págs. 276-7.

prosperar: «el cebo de la utilidad, del que seguramente no habrá hombre alguno que quiera desentenderse por pereza».¹⁷

Tienen las «provincias argentinas» una ventaja comparativa en la abundancia y baratura de la tierra, lo que permite bajar costes. La contrapartida es la escasez de mano de obra y los elevados salarios. De allí deriva Vieytes la necesidad de fomentar la industria popular: no se trata de fábricas sino de pequeños talleres domésticos que busquen la subsistencia y el comercio en pequeña escala. Los chilenos, advierte Vieytes, son más competitivos que los rioplatenses porque allí los lebradores se surten de ropas en talleres cercanos a sus lugares de residencia; en Buenos Aires, en cambio, hay que comprar los textiles a una gran distancia.

Respecto al Campesinato de la industria popular, que Liombart llama «agrarista anticapitalista», debe destacarse que para Vieytes la industria popular es barata, más barata que la extranjera. Se podrían organizar, dice, telares en las casas que aprovechen la mano de obra de mujeres, niños y ancianos, y la inmediata materia prima de las ovejas. No teme así a la competencia del exterior, al contrario. Los talleres

¹⁷ Ibid., págs. 161, 372.

domésticos permitirán reducir costes y dar lugar a una producción excedente que se exportará: debe hacerlo además libremente, que es lo que garantiza que no haya precios ruinosos permanentemente, y tampoco que la escasez genere precios muy elevados, porque en tal caso si la actividad es libre ello atraerá a más oferentes y el precio se elevará ajustándose. 18

Es muy smithiano al destacar la importancia del comercio interior más que el exterior, al definir a éste como «lo superfluo de nuestras producciones», al insistir en la importancia de mantener bajos los precios de los productos y al afirmar que el desarrollo económico se basa en el trabajo y la seguridad en la propiedad: «Una nación no es poderosa por el espacio que ocupa en el globo sino por su población, su trabajo y su industria». Repite Viejtes el muy citado caso de Holanda, «caso el menos favorecido por la naturaleza», y a la pregunta de por qué la provincia platense es pobre, responde que el marco institucional ha conspirado contra el conocimiento de los pobladores de sus verdaderos intereses: de ahí la necesidad de la reforma. Defenderá al comercio no sólo económica sino también políticamente, porque trae la paz, uno de los credos por excelencia del liberalismo. Sostiene por

18 Ibid., págs. 181-2.

ejercer mediante la información que está en el origen de la producción, y en el exterior, el contrario. Los talleres entre las diversas actividades estimulan artificialmente Desde que la industria y el comercio se han repetidas ordenanzas y reglamentos, que no haya hecho los más violentos a su constitución por el libre ejercicio de para perpetuar la opulencia y el engrandecimiento. Nuestra España conoció seguramente desde la verdad de esta máxima infalible, aunque precisada a tropezar no pocas veces con los errores que el tiempo la ignorancia de la ciencia económica estudiando el modo de favorecer a la industria y el comercio, vejar a la más noble y más necesaria de las artes, erradamente que podrían incrementarse los talleres y la el socorro esencial del labrador... Pero el presente, enteramente el aspecto de las cosas mediante los conocimientos, de ha esparcido la meditación y estudio de esta sublime ciencia, la cual debe sin duda alguna la agricultura al no ver puestas sus derechos... procediendo de acuerdo a su fomento se han dado enseñanzas indecibles a estos dos preciosos manantiales de la prosperidad de las naciones. 20

19 Ibid., págs. 162, 173-4, 183, 189, 265. Véase en págs. 313-5 su defensa de la administración colonial española, injustamente acusada de maltratar a los indígenas.

20 Ibid., págs. 245-6.

Hay aquí claros ecos de la doctrina de hombres como Jovellanos, que insistían en la necesidad de suprimir «estorbos» al crecimiento, y de que el Estado se ocupase de fomentar las actividades económicas con «libertad, luces y auxilios».

Lo más destacable de Viejtes analíticamente —aparte de una interesante explicación de cómo la protección arancelaria es pagada finalmente por los exportadores— son sus reflexiones sobre el mercado de trabajo y la carestía de la mano de obra. La «falta de equilibrio» entre propietarios y jornaleros genera salarios altos a través de la competencia que, al igual que con cualquier otra mercancía «es la única que nivela constantemente el precio real de las cosas». 21

La situación del mercado laboral no habrá de cambiar en el futuro, piensa Viejtes. Dada la disponibilidad de tierras, su bajo precio y elevada fertilidad, y la demanda sostenida de sus productos, los trabajadores que lleguen a los campos «aunque sean jornaleros vendrán a ser muy pronto propietarios» —lo que inquietará a los «reformadores coloniales» de Edward Gibbon Wakefield algunos años después. Mientras que la población y los capitales no crezcan considerablemente, la

21 Ibid., págs. 175, 304. Viejtes observa que «el trabajo de los hombres se paga constantemente con arreglo al beneficio que produce».

primera actividad seguirá siendo la agricultura. El creciente número de propietarios mantendrá elevada la demanda de jornaleros y los salarios seguirán elevados.

Ahora bien, no son los salarios los que dificultan la competitividad en el virreinato. Si la agricultura fuese una producción espontánea que no requiriese «conocimiento anticipado», entonces sería el trabajo el que determinaría su valor. Pero la producción agrícola depende esencialmente de la forma de aplicación de dicho trabajo, lo que puede derivar en una oferta abundante o magra. Pero Viejtes esto último era «el más insuperable escollo que se opone a la exportación de nuestras más preciosas producciones, en las que apenas gravan los jornales una pequeña parte», y era lo que aumentaba el coste del producto agrícola hasta «condenarlo a no salir del recinto del suelo mismo que lo produjo». Se necesitaba entonces un salto en la productividad del capital físico y humano, y de ahí la importancia de la educación. Con más productividad se podrán bajar los precios pero no el salario real. La falta de productividad y conocimientos era lo que permitía a Viejtes explicar el problema de la pobreza «en el país de la abundancia». 22

22 Ibid., págs. 307, 337.

domésticos permitirán reducir costes y dar lugar a una producción excedente que se exportará: debe hacerlo además libremente, que es lo que garantiza que no haya precios ruinosos permanentemente, y tampoco que la escasez genere precios muy elevados, porque en tal caso si la actividad es libre ello atraerá a más oferentes y el precio acabará ajustándose.¹⁸

Es muy smithiano al destacar la importancia del comercio interior más que el exterior, al definir a éste como «lo superfluo de nuestras producciones», al insistir en la importancia de mantener bajos los precios de los productos y al afirmar que el desarrollo económico se basa en el trabajo y la seguridad en la propiedad: «Una nación no es poderosa por el espacio que ocupa en el globo sino por su población, su trabajo y su industria». Repite Viejtes el muy citado caso de Holanda, «acaso el menos favorecido por la naturaleza», y a la pregunta de por qué la provincia platense es pobre, responde que el marco institucional ha conspirado contra el conocimiento de los pobladores de sus verdaderos intereses: de ahí la necesidad de la reforma. Defiende al comercio no sólo económico sino también políticamente, porque trae la paz, uno de los credos por excelencia del liberalismo. Sostiene por

¹⁸ Ibid., págs. 181-2.

Hay aquí claros ecos de la doctrina de hombres como Jovellanos, que insistían en la necesidad de suprimir «estorbos» al crecimiento, y de que el Estado se ocupase de fomentar las actividades económicas con «libertad, luces y auxilios».

Lo más destacable de Viejtes analíticamente —aparte de una interesante explicación de cómo la protección arancelaria es pagada finalmente por los exportadores— son sus reflexiones sobre el mercado de trabajo y la carestía de la mano de obra. La «falta de equilibrio» entre propietarios y jornaleros genera salarios altos a través de la competencia que, al igual que con cualquier otra mercancía «es la única que nivela constantemente el precio real de las cosas».²¹

La situación del mercado laboral no habrá de cambiar en el futuro, piensa Viejtes. Dada la disponibilidad de tierras, su bajo precio y elevada fertilidad, y la demanda sostenida de sus productos, los trabajadores que lleguen a los campos «aunque sean jornaleros vendrán a ser muy pronto propietarios» —lo que inquietará a los «reformadores coloniales» de Edward Gibbon Wakefield algunos años después. Mientras que la población y los capitales no crezcan considerablemente, la

²¹ Ibid., págs. 175, 304. Viejtes observa que «el trabajo de los hombres se paga constantemente con arreglo al beneficio que produce».

ejemplo que el trato con los indios deberá ser siempre pacífico, mediante las «suaves cadenas del comercio».¹⁹

Un punto característicamente smithiano es la compatibilidad entre las diversas actividades económicas y el perjuicio derivado de estimular artificialmente a una a expensas de otras:

Desde que la industria y el comercio se vieron libres de las pesadas trabas con que el interés mal entendido les oprimía sin cesar por sus repetidas ordenanzas y reglamentos...no se ha conocido pueblo alguno que no haya hecho los más violentos esfuerzos para mejorar su suerte y su constitución por el libre ejercicio de estos dos ramos tan necesarios para perpetuar la opulencia y el engrandecimiento de los imperios. Nuestra España conoció seguramente desde los tiempos más remotos la verdad de esta máxima infalible, aunque en su aplicación se vio precisada a tropezar no pocas veces con los escollos que oponía por aquel tiempo la ignorancia de la ciencia económica-política. Así es que estudiando el modo de favorecer a la industria y el comercio, se procuró vejar a la más noble y más necesaria de las artes, creyendo erradamente que podrían incrementarse los talleres y los cambios sin el socorro esencial del labrador...Pero el presente ha verificado enteramente el aspecto de las cosas mediente los conocimientos que ha esperimentado la meditación y estudio de esta sublime ciencia, la cual debe sin duda alguna la agricultura al no ver pospuestos sus derechos...procediendo de acuerdo a su fomento se han dado enseñanzas indecibles a estos dos preciosos manantiales de la prosperidad de las naciones.²⁰

¹⁹ Ibid., págs. 162, 173-4, 183, 189, 265. Véase en págs. 313-5 su defensa de la administración colonial española, injustamente acusada de maltratar a los indígenas.

²⁰ Ibid., págs. 245-6.

primera actividad seguirá siendo la agricultura. El creciente número de propietarios mantendrá elevada la demanda de jornaleros y los salarios seguirán elevados.

Ahora bien, no son los salarios los que dificultan la competitividad en el virreinato. Si la agricultura fuese una producción espontánea que no requiriese «conocimiento anticipado», entonces sería el trabajo el que determinaría su valor. Pero la producción agrícola depende esencialmente de la forma de aplicación de dicho trabajo, lo que puede derivar en una oferta abundante o magra. Para Viejtes esto último era «el más insuperable escollo que se opone a la exportación de nuestras más preciosas producciones, en las que apenas gravan los jornales una pequeña parte», y era lo que aumentaba el coste del producto agrícola hasta «condenarlo a no salir del recinto del suelo mismo que lo produjo». Se necesitaba entonces un salto en la productividad del capital físico y humano, y de ahí la importancia de la educación. Con más productividad se podrán bajar los precios pero no el salario real. La falta de productividad y conocimientos era lo que permitía a Viejtes explicar el problema de la pobreza «en el país de la abundancia».²²

²² Ibid., págs. 307, 337.

Por otro lado, aunque el salario del jornalero sea alto para su eventual contratador, Vieytes argumenta que no lo es para el propio jornalero, puesto que aunque la comida es barata no lo es el vestido «cuyo alto precio le absorbe casi todo el producto de su trabajo». Y en el caso de que pudiera comprar vestidos no le sobrará nada para ahorrar: esta es una razón más para que se haga propietario, disminuyendo así la oferta de brazos asalariados. El pronóstico es:

Crecerá el precio del jornal hasta haberse satisfecho la tierra de capitales invertidos en su cultivo o a lo menos hasta que llegue de algún modo a nivelarse el precio del salario con la dificultad de conseguir las tierras a bajo precio para establecer una propiedad. Sólo en el caso de que se introduzca la industria en nuestros campos, de modo que las mujeres, los ancianos y los niños, menos hasta hoy estériles, se ocupen con provecho en el tejido de géneros bestos y groseros para el consumo de sus mismos pobladores, y cuyos primeras materias nos son tan abundantes, sólo entonces podrá de algún modo quedar equilibrado el precio del jornal con el de las necesidades que tiene que cubrir, en cuyo caso dejará de aumentarse su valor.²³

Es necesario matizar, entonces, una opinión tan autorizada como la de Robert Sidney Smith, para quien Vieytes no hizo más que copiar ideas de un economista hoy totalmente olvidado, Samuel Crumpe, pero cuyo *An essay on the best means of providing employment for the*

²³ *Ibid.*, págs. 308-9.

²⁴ Smith, R.S., «The Wealth of Nations in Spain and Hispanic America, 1760-1830», *Journal of Political Economy*, Vol. 65, No. 2, abril 1957 [hey traduct. en *Hacienda Pública Española*, No. 23, 1973].

²⁵ Vieytes, *op.cit.*, pág. 343.

LOS DETERMINANTES TECNOLÓGICOS DEL CAMBIO AGRÍCOLA VALENCIANO (1840-1914). (*)

E. Mateu y S. Calatayud.

Universidad de Valencia.

Introducción.-

Esta comunicación pretende explicar los procesos de cambio de una parte de la agricultura valenciana durante el siglo XIX. Para ello, nos centraremos en el estudio de aquellas variaciones más importantes ocurridas en el apartado tecnológico (abonos y riegos), y que a nuestro juicio influyeron más en el cambio agrario. La gran mayoría de los investigadores han calificado el grado de evolución de la agricultura valenciana por su mayor o menor aceptación de las innovaciones y del tiempo de permanencia de las prácticas tradicionales. Por nuestra parte, creemos que la valoración del cambio en la agricultura valenciana y por consiguiente de su mayor o menor atraso no puede basarse exclusivamente en la adopción de innovaciones sino también en la evolución y ampliación de las prácticas tradicionales. Con el fin de poder abordar el anterior enfoque proponemos en este escrito la superación del planteamiento dicotómico entre innovaciones y prácticas tradicionales. Para ello analizamos, desde una posición

(*) Esta comunicación es parte de una investigación que estamos realizando sobre la historia del cambio tecnológico en la agricultura mediterránea. En ella adelantamos algunas reflexiones basadas en otros dos trabajos en publicación: E. Mateu, "Difusión de las nuevas tecnologías en la agricultura valenciana, siglo XIX", *Agricultura y Sociedad*, 66, 1993; S. Calatayud, "El regadío ante la expansión agraria valenciana: Cambios en el uso y control del agua, 1800-1916" *Agricultura y Sociedad*, 1993 (en prensa).

sistémica, las interrelaciones entre ambas, así como sus posibilidades de evolución dentro de un marco técnico concreto. Por último, dejamos para más adelante, no por menos importante, el estudio de las relaciones entre la tecnología utilizada en la agricultura valenciana y sus determinantes social y físico.

Los rasgos que históricamente han definido la agricultura valenciana la sitúan mucho más próxima a determinadas regiones de la Europa mediterránea que al propio mundo rural de la España interior. Cierta especialización productiva visible con claridad desde el siglo XVII; una orientación comercial y una capacidad de adaptación a las variaciones en la rentabilidad de los cultivos; la intensificación en el uso del suelo y los altos rendimientos por unidad de superficie; las altas densidades de población rural acompañadas de la exclusión de una parte importante de esa población de la propiedad de la tierra y el empleo de formas onerosas de cultivo indirecto, serían algunos de aquellos rasgos definitorios. En el siglo XIX, ante el dilema de su inserción definitiva en los mercados internacionales y en el contexto de una economía y una sociedad plenamente capitalistas, la respuesta de esta agricultura consistió en profundizar la intensificación. Esta opción, que implicó determinados cambios de cultivos -la consolidación del arroz, hortalizas, naranjo y viña, comarcalmente especializadas- exigía también una adaptación de las técnicas empleadas.

La ambivalencia entre lo moderno y lo tradicional ha estado siempre presente en nuestra historiografía agraria más reciente.

Aún los autores que minimizan la importancia del cambio